

DIORAMA DE LA CULTURA

Introducción a macedonio fernández

Por Víctor J. Flury

GERMAN Arciniegas ha destacado en un libro reciente ("América en el mundo") la influencia del Nuevo Continente sobre la Europa de la Conquista: cómo las leyendas, mitos, utopías y creencias de estas tierras impactaron a los florecientes imperios que pudieron conjugar aquella página de historia en primera persona. Nosotros, los naturales, separados del verbo, sentimos el episodio como un cubrimiento, "el cubrimiento de América".

La aparición de América es un proceso —más que un acontecimiento fecho— y es contemporáneo, en sus inicios, de un sujeto colectivo que empieza a percibirse. Hay hombres que expresan ese pensamiento a través de la acción; otros, a partir de un desarrollo reflexivo. Con éstos, los pensadores, ocurre un fenómeno particular: todos los pensadores —provengan de donde provengan— se parecen en una primera aproximación porque sus quehaceres giran alrededor de un fundamento desde el que sea posible volver transparentes los enigmas de la humanidad y el mundo. En esta dimensión no hay originalidad; al contrario, asistimos a la repetición del gesto primero del animal humano en una noche de preguntas que asombran a las mismas estrellas.

Pero, al propio tiempo, el camino para acceder al sentido último de la Realidad —o lo que es el mismo— a la Verdad, es un camino que emprenden los solitarios. Es un acto de absolutismo individual. Cuando podemos descubrir, en ese Camino, pisadas semejantes, huellas que memorizan viejos fracasos y reforzadas seguridades, hablamos de "tradición": así hay una filosofía griega, una meditación francesa, un pensar alemán. Es el "estilo" nacional que imponemos inevitablemente a una interrogación que trasciende fronteras de espacio y tiempo y que mantiene una autoría: la del hombre gestado por un país y por una historia singular.

En la tarea de revelarnos este estilo que somos, omitir la presencia de Macedonio Fernández sería un escándalo, pero —paradójicamente— no podemos incluirlo sin, primero, preparar el terreno. Es que, aquí, el problema de introducir a Macedonio es introducir el problema de Macedonio. Imaginemos un cruce de diagonales; por una diagonal parece que Macedonio sale a mirar afuera a respirar la fugacidad de las cosas, con el Río de la Plata ante sus ojos (río igual y diferente a sí mismo); por la otra, esa mirada está dada vuelta, como si mirándose el alma por dentro pudiera iluminar la calle, los árboles, los amigos. En esta segunda arteria, Macedonio inventa el macedonismo. Y nos deja con la guardia baja ante una casi mentirosa paradoja: el macedonismo es una autofilosofía (no un solipsismo, diríase técnicamente). Pero es una autofilosofía desde y para argentinos, una realización desacomplejada de la "filosofía sin más" que Leopoldo Zea postula para América. En este punto, quizá intersección de las diagonales, se puede tantear la posibilidad universal de un pensamiento que sólo pretende ser fiel a su movi-

miento y que, no obstante, tiene algo de ejemplar.

Dos instantáneas, entre otros muchos testimonios, pueden acercarnos una mejor comprensión: "Vivía (más que ninguna otra persona que he conocido) para pensar —dice Jorge Luis Borges—. Su pensamiento era tan vívido como la redacción de su pensamiento". Y Natalicio González: "Actuaba a la distancia: influía sin hacer acto de presencia; marcó el rumbo de toda una generación argentina y luego borró cuidadosamente las huellas de su magisterio imperioso e invisible".

Ser de meditación y maestro de generaciones, Macedonio resiste la biografía sobre su existencia: tiene una múltiple capacidad de distraer la atención. Si enfocamos las cosas desde el ángulo de su obra escrita (como quieren los estructuralistas) perdemos lo no-escrito (su anecdotario; su filosofía andante, hecha de acciones y de gestos y aun de omisiones significativas). Si nos atenemos a las influencias declaradas que ejerció su magisterio, dejamos de advertir la camada de involuntarios seguidores que lo han plagiado sin saberlo.

Este retrato del macedonismo invita, más allá de la perplejidad, a la coparticipación en un proyecto: el pensamiento de Macedonio Fernández ha de ser completado, continuado por nosotros. La fragmentariedad, el inacabamiento, la tensión entre lo revelado y lo callado por su autor no es un defecto, algo que le falte a una obra que de antemano podríamos imaginar en forma definitiva, sino más bien el destino específico de su filosofía: un pensar que no cesa, como la vida, y que como ésta apenas permite entrever signos de lo Real.

Comprender a Macedonio es continuar a Macedonio y es también incorporarse a la criolledad esencial de una reflexión que busca el estilo que ya somos en la intuición, el humor, el tabú de la muerte, la amistad de los amigos, el secreto de la música, los paisanos del campo y una Buenos Aires que no puede equivocarse.

BREVE PRESENTACION DEL DOCTOR FERNANDEZ, EN SU AUSENCIA

Permítaseme un recurso que, un poco, se inspira en el interesado. Porque lo que estoy por escribir tiene que ver con su costumbre de disculparse de asistir a un banquete, estando en él: voy a hacer como si no lo hubiera notado en el ágape (sé que estaba en un rincón) para poder comparar la reunión desde dos alternativas: sin su concurrencia o con ella.

En un año "muy" 1874, eje de nacimientos de la última generación modernista en Argentina, vino al mundo, un primero de julio para más exactitud, y no fue jamás modernista. Todo el mundo habla de la Revolución de 1874. ¿Quién, salvo su madre, recuerda su nacimiento?

En la República liberal, una generación se prepara para empuñar el timón y después lo conseguirá: los hombres del '80 se roban la

escena. Una escena colmada de acontecimientos: inmigración, conquista del Desierto, oleada positivista, intelectuales afiliados al modelo del Progreso indefinido y contestatario de todos los pelajes. El realismo es una fuerza motora en la política, el arte, la filosofía.

¿Dónde está Macedonio? Es imposible saberlo, hay alguien que tiene sus señas, el Doctor Fernández, abogado. Nunca ejerció una función pública, a excepción de un cargo de Fiscal del que lo echaron por no acusar a nadie.

Resulta que este Doctor se transforma —o mejor dicho, se da a conocer como Macedonio— a eso de los 50 años y se queda en la vidriera por poco más de un lustro. Nada que ver con el modernismo, ya lo apuntamos. Funda por su quincuagésimo aniversario la revista "Proa" y es vanguardista en poesía. En contra del positivismo que nadaba en el ambiente mismo, es un espiritualista. En oposición al activismo, a las escuelas que predicán el trabajo como medio de enriquecimiento material, él se puede preguntar al término del día qué es lo que ha dejado de hacer, para ver si todavía puede omitir algo.

A contracorriente de la corriente naturalmente, escribe "No toda es vigilia la de los ojos abiertos"; "Papeles de Recienvenido"; "Una novela que comienza"; "Elena Bellamuerte"; "Museo de la Novela de la Eterna".

Produce discípulos tan dispares como Raúl Scalabrini Ortiz y Jorge Luis Borges, en una ringlera de amigos que incluye a Leopoldo Lugones, José Ingenieros, Juan B. Justo, Marcelo del Mazo, Santiago Dabove; se cartea con William James; como buen payador, contrapuntea entre la desidia significativa y la pasión infinita que es, en su versión, pasión por lo infinito. Así nos llega su "existencialismo" con mates y guitarras, su metafísica que se hacía cargo de la "situación humana" en su conjunto: "Pienso siempre y quiero pensar; quiero saber de una vez si la realidad que nos rodea tiene una llave de explicación o es total y definitivamente impenetrable. Tarea aparentemente estéril, pero si de cuando en cuando no hubiera alguien que arrancara a los hombres de su ávida persecución del dinero, no valdría la pena de que la humanidad continuara reproduciéndose para obrar todos como autómatas repitiendo el mismo mecanismo de lucro".

Sin Macedonio —me arriesgo— no se hubiera podido formular mejor el desarrollo y el drama de un pensar enfrentado a la sordidez de una ética del dinero, al prejuicio del acartonamiento intelectual y al desafío de lo trascendental en lo cotidiano.

De aquí su vigencia, esa segunda cuerda de su humor que, bajo el disimulo y la humildad, se conserva intacta después de los años como una aventura inconclusa.

Ahora, por fin, anoto: estaba en aquel tiempo. Y me entusiasmo: nos hacía señas desde el rincón. Es hora que empecemos a descifrarlas.

EL EMBRUJO DE LOS AQUENO

La filosofía de Macedonio es expresionista o, en otros términos, es la expresión de su existencia. De un rápido paseo por sus motivos, entresaco: "Amo y cultivo la nada insolente, no me refiero a la nada voluminosa en páginas de tantos discursos y memorias". O rescato: "Nada es más alta majestad y poesía más sensitiva que vivir sin ilusión para la ilusión de vida de los demás".

Amor a la nada, vivir sin ilusión. Todo esto en dosis furtivas, guiños de asombrada veteranía, está indicando un aparente extravío contemplativo. Aparente: Macedonio no se acuerda de la predicación del Eclesiastés —la vanidad de vanidades que hace fatuo el heroísmo de la voluntad— ni tampoco aprecia el pesimismo moderno. Cree más bien en una entrevisión del Mundo y en una práctica solitaria: la posición en que ambas se rozan constituye el secreto de la meditación.

Para eso, es necesario despreciar lo sabido, lo dado, lo repetido. Es preciso pensar lo que no está. Lo que aún no es. Pero la nada no es el vacío (lo será para "tantos discursos y memorias") sino aquello que aún no está establecido, pero que puede ser.

Ahora comprendemos por qué ha abolido, con gran tenacidad, la ley de causa-efecto y la lógica del raciocinio: son enemigas de la posibilidad. Pero sobre un fondo oscuro de adversidad, hay otros enemigos más coyunturales, quizá, aunque no menos endiablados. Macedonio los ha llamado los "aqueno". Son aquellos aparatos —advierde— "a cuyo funcionar precede siempre una expectativa incrédula" es decir, los encendedores, la lapicera automática, los nudos de no olvidar, los limpiamanchas, los paracaídas, los seguros de revólveres... El cuerpo es el principal aqueno. Juan Carlos Foix ha podido agrupar estos impedimentos, fuertes obstáculos detrás de una inocente máscara, sin reparar (en su lealtad al maestro) que éste se había dejado en el bolsillo un aqueno fundamental: el lenguaje.

"El idioma lo hemos hecho todos e inevitablemente todo el que habla contribuye también a su deformación y desuniformación". ¿Cómo extrañarnos de que existan malentendidos, que lo dicho por nosotros traicione nuestra intención? El hombre, criatura de vuelo y libertad, sospechoso de querer ejercitar todas las metafísicas posibles, tiene que vérselas con la palabra —su don— convertida en arma de la publicidad, de la consigna política o la indiferencia cotidiana. Se puede, en honor al verbo, callar. Macedonio prefiere hablar en silencio o callarse hablando: elige la poesía.

Quiere decir que la poesía es un camino. En lugar del conocimiento especulativo de la argumentación y los filosofemas, la poesía es una forma de manifestación de la "conciencia sensitiva" y lo primero que ella nos enseña es a no creer en la chatura de las cosas, en esa insolente manera de presentarse que éstas tienen cuando evocan sólo

la materia bruta de la Realidad. Si me abstengo de ese amor a primera vista con los objetos, elaboro una distancia necesaria entre lo que es y lo que puede ser. Esa es la poesía de Macedonio Fernández, una distancia que no pierde el mundo, que suspende su relación habitual y fatigada con él y que también puede llamarse ironía. En otro, un salto semejante puede lindar con el horror, ese congelamiento de las cosas producida por un súbito retroceso de la conciencia ante una impresión. En Macedonio, es un túnel de ternura y no confesado regocijo, el primer acto de una fundación: "La máxima esperanza de Poesía es que el mundo (la Contingencia) sólo exista por consentimiento de la Conciencia en su naturaleza de amor".

Más adelante ilustrará este suceso: "Mi poemática del Pensar intentará la transcripción de lo que pasa en la conciencia en los momentos en que acepta emocionalmente un modo doloroso del darse real; pero la poesía está en cada uno de estos actos de consentimiento".

Noé Jitrik nos ha hablado, a propósito de este punto, de una "poética del pensar" que resumiría la vocación última de Macedonio. Pero sólo ha examinado en su escritura; y de lo que se trata es de continuar su pensamiento en marcha (teniendo muy en cuenta lo que no pensó, esa pausa silenciosa que —a diferencia de otros oficiantes del Espiritu— no es una falta que hace pagar a los lectores sino un llamado a la libertad de cada uno).

MACEDONIO HACIENDOSE

Volvemos al cruce de diagonales y preguntamos: ¿es que un sujeto puede encerrar el mundo? Para Macedonio el mundo no es lo que ha sido ni lo que está, sino la posibilidad. Esta posibilidad sólo puede ser abierta por la Fantasía. De aquí en más, desaparecen las reglas y mandan las imágenes.

Estamos autorizados a interrogar qué relación hay entre las imágenes y el "ahora y aquí". La circunstancia histórica puede ofertar un indicio: la Argentina de Macedonio es la Argentina-espejo. Entre cubistas, abstractos y ensimismados pintores; filósofos que recrean el pensar europeo; políticos positivistas; creadores de orquestas de tango y el marco de una culminación y agotamiento de la economía puramente agropecuaria, el universo de Macedonio parece un bosquejo irreal, una isla espléndida y automarginada, una aventura sin antecedentes ni posteridad. Pero, si se mira bien, lo irreal, lo insólito y la aparente deserción de su tiempo son, en el autor de "No toda es vigilia...", las notas de un contrapunto frente a lo Real —la realidad de sus días y su país— que no se agotó en la definición del argentino narcisista o masoquista mirándose el Rostro presente, sino que intuyó su cara probable, sin definir los rasgos, sólo con simuladas e indirectas arengas que dieron cuenta de un espíritu gastado y otro por venir. He aquí por qué en el prólogo de "Museo de la Novela de la Eterna" se nos anticipa: "Damos hoy a publicidad la última novela mala y la primera novela buena". No obstante, el tiempo enterrado no puede ser conclusión, fin total porque "la Muerte es un vivir de ausente" y hay que hallar el Tono, la involuntaria "verdad de persona" que "después de tanta Iluminación, tanta música, tanta velocidad, habría que recuperar" con el rescate de los sentidos (el oído, la vista, la inmovilidad), "hacer de nuevo lo remoto y lo incomunicado, para que reapar-

ezca la ausencia, lo no sabido". Al fin del itinerario, está "la adoración de Todo", pero tanto "los tigres que causan miedo como los miedos que causan tigres" —léase la Realidad y el Ensueño— son obra de la conciencia que no se conforma con copiar las cosas. ¡Quiere inventarlas!

En este clima espiritual, podemos provocar el diálogo con Macedonio, verlo en su taller, haciéndose, de un tamaño agrandado que es el porte natural del Creador, fiel a los ímpetus de una metafísica siempre última y audaz —maravillosa por la constancia de su interrogación— y a la Pasión que vuelve digna la Vida y sus búsquedas.

"El público soñaría al par que la novela, pero al revés: para ésta su vigilia es su fantasía; su ensueño la ejecución externa de sus escenas", nos dice, sentando los principios de una obra abierta, en la máxima radicalidad de su acepción. La obra abierta de Macedonio no se reduce a la escritura: es una Apertura a lo que vendrá, apertura que se piensa en la poesía sensitiva, que se abraza a la fantasía como posibilidad y que por eso es "capaz de fijar el tiempo, de compensar la muerte, de cambiar el pasado".

De este modo, celebrar e interpretar la ambigüedad del pensar de Macedonio es una y la misma cosa: identificar el fermento que, contenido en sus textos y en su biografía intelectual, nos conduce a una confrontación de orden cultural. Porque —queriéndolo o no— Macedonio nos ha puesto en un horizonte en que la duda, el desarrollo problemático, las enseñanzas de la historia, la parábola científica, la indeterminación, la probabilidad pueden sernos familiares a partir de lo que hasta entonces creíamos que eran sus antípodas: lo imaginario, la poesía, el Arte. Sólo que él no se propuso ningún tipo de alianza entre el conocimiento que parte de la experiencia y el cálculo y que el que viene del ejercicio de una poética reflexionante. Sin embargo, la coincidencia da qué pensar.

Aunque, por buen tiempo, es creíble que sólo se nos ocurran —hablando de Macedonio— vacilantes metáforas y demos extraña confirmación a una de sus muchas despedidas, en la puerta de un adiós no cerrado: "Os dejo contaminados con estos problemas de que adolezco".